

## EL CINE

*El cine, ese invento del demonio.*

Antonio Machado

**Y**o nunca he sido yo, siempre he sido otro.

No sé si me comprende. La cuestión es que la culpa de todo, como siempre, la tiene el cine. El cine ha causado los grandes males de la historia. Hasta las siete plagas intentaban prevenirnos de la invención del cine, pero los Lumière, esos hermanos infernales... desafiaron a las leyes de la naturaleza y destrozaron la vida de todas las futuras generaciones. En realidad, amigo, he llegado a la conclusión de que el cine es el Apocalipsis. Es lo que, definitivamente, acabará con el género humano. Voy a contarle cómo he llegado a esta conclusión.

Yo era una persona normal; un niño sano con una infancia que no era perfecta pero de la que no podía quejarme. Un niño como tantos otros... Hasta que, a los cuatro años, vi mi primera película en el cine. Se llamaba *Casablanca*. Cuando salí del cine me sentí completamente transformado. Me gustó tanto ver esa expresión de Bogart torciendo la boca, con su eterno cigarrillo, que, al llegar a casa lo imité varias veces frente al espejo del baño, hasta que mi abuela se asomó a la puerta y puso esa cara que solía poner cuando el tío Anselmo se disfrazaba de mujer. Al día siguiente, fui a desayunar a la cocina, hablando como Bogart. Me sentía importante, fuerte, atractivo; uno de esos tipos capaces de todo. Uno de esos tipos que chasquean el dedo y tienen a varias mujeres de diversas etnias bailando para él. Sencillamente, me sentía el rey. Pero cuando dije mi frase triunfal: "Tócala otra vez, Sam", al tiempo que untaba de mantequilla una tostada, mi madre me miró con indignación y cierto miedo en los ojos –no en vano, ella sabía que en mi familia había antecedentes de desequilibrio mental–, y me dedicó una frase exenta de todo *glamour*: "qué coño dice el anormal este...". Así terminó mi primera aventura cinematográfica.

El caso es que, por alguna extraña razón, yo nunca me daba por vencido. Cuando fui a ver *Lo que el viento se llevó*, quedé muy marcado por el impresionante gesto seductor del capitán Butler. Me esmeré en copiar cada arruga de la cara de Gable para demostrar a mi familia, a mi barrio, al mundo y, sobre todo a mi primo Josete, que yo había nacido para ser una estrella, exactamente igual que él.

Una mañana, de camino al colegio, decidí poner cara de Butler para que mis compañeras murieran del impacto o de un orgasmo, las dos cosas me valían. Recuerdo que iba de la mano de mi madre y, al ver de lejos a mis amigas, comencé a gestualizar: la sonrisa ancha, las arrugas de la frente, la mirada seductora... ya lo había conseguido. Ya era él. Sin embargo, aún me quedaba una parte importante del gesto de Bogart. Ambos actores se mezclaron en mi cara a la velocidad del rayo, justo en el preciso instante en que mi madre me preguntaba que si quería un bocadillo. Yo la miré con las cejas arqueadas de Gable y la mueca bucal de Bogart, y le dije: “Sí, maldita sea”. Y en ese momento, el gesto de mi madre, definitivamente, cobró un matiz preocupante. Pero no dijo nada, solo se quedó mirándome un rato, luego me apretó muy fuerte la mano y seguimos andando.

Las reacciones fueron parecidas cuando imité a Paul Newman, a James Stewart, a Gene Kelly, farola incluida, etcétera, etcétera. Mi madre entraba en mi habitación cuando estaba segura de que yo no imitaría a nadie. Se quedaba observándome con una mirada muy seria, sin dejar el plato en el que revolvía los huevos para la tortilla, y me decía: “Alfredo, yo solo quiero estar segura de que no tomas drogas”.

Yo le aseguraba a mi madre que no estaba loco. Solo que, para hacerlo, tenía que imitar a James Dean. De lo contrario, no adquiriría la misma solemnidad rebelde. Entonces mi madre abría un poco más los ojos, se daba la vuelta despacio, y salía de mi habitación.

Estaba claro que yo tenía un problema: no podía evitar mis propias reacciones. Y tampoco podía dejar de ir al cine. Solo cuando estaba en la sala, con las luces apagadas, las palomitas y una película a punto de comenzar, me sentía realmente vivo. De hecho, pasaba más horas en el cine que en mi propia casa. Salía del instituto y me iba a ver una película, mejor dicho, a vivir en esa película. Y cuando terminaba, tenía que regresar a casa, a mi existencia ficticia en la que todo me parecía absurdo y las cosas nunca eran como yo quería.

No había remedio: después de bailar con Gene Kelly subido en aquella farola, lo último que me apetecía era poner una lavadora de ropa blanca. Después de ver *Sonrisas y lágrimas*, me repugnaba barrer mi habitación. Solo me apetecía vivir dentro de esa fantástica alucinación llamada celuloide.

En realidad, si mi madre no hubiera sacado las cosas de quicio, probablemente yo no me hubiera sentido un bicho raro. Habría sido Cary Grant, Tony Curtis, Spencer Tracey y un largo etc., sin ningún tipo de complejos, e incluso hubiera conquistado el mundo. Esto último lo digo en un sentido bastante literal: las chicas solían interpretar que mis imitaciones eran humorísticas y pensaban que yo tenía una gran capacidad para la comedia. Me creían una especie de genio raro. En una ocasión oí a una decir: “tiene un humor negro muy ingenioso. Es como otra vuelta de tuerca...”.

No sé si sería una vuelta de tuerca o no, pero a mí estuvieron a punto de darme una cuando iba por la calle imitando a Dustin Hoffman mezclado con Muhammad Ali. ¿Qué tienen que ver? No lo sé, pero es lo que ocurrió. Caminaba rápido por la calle, con esos movimientos ágiles que hace Hoffman, y enfatizando su mirada aguda, cuando divisé a un tipo que estaba molestando a una chica. Entonces fue Muhammad Ali quien tomó la delantera. Me acerqué al chico, le arree un puñetazo y luego le solté una frase en el mejor estilo Hoffman en *Tootsie*. Creo que hasta me salió voz de mujer. El tipo me miró desconcertado unos segundos y dejó en paz a la chica, pero creo que se debió sentir amenazado porque me siguió durante tres manzanas para darme la paliza de mi vida.

Esto debería haberme hecho reflexionar. Pero yo no podía controlar mis accesos cinematográficos. Ocurrían, normalmente, después de ver una película, con el personaje que más me hubiera impactado; pero, a veces eran personajes antiguos los que aparecían, dependiendo de la situación. El caso es que, con el tiempo, había llegado a asimilar por completo la personalidad del actor al que imitaba y me impregnaba incluso de sus gustos y aficiones, y hasta de sus traumas secretos. Por eso, cuando me convertí en el Padrino, mi novia me dejó.

Ya le había dado algunos quebraderos de cabeza con Marlon Brando, cuando me convertí en el viejo de *El último tango en París* y empecé a pedirle favores sexuales tan extraños que no quería dormir conmigo. La época Travolta tampoco fue demasiado

agradable: no paraba de bailar, dándome golpes con todos los muebles de la casa. Pero lo de Vito Corleone, no se lo esperaba.

Un día entramos en un restaurante y yo soborné a un camarero, pasándole, disimuladamente, un billete. “Dile al jefe que estamos aquí”, le dije, con esa voz afónica e intimidante. El camarero me miró un tanto confundido y, tras unos segundos de titubeo, nos sentó en la mejor mesa del local. Vi cómo le temblaba la mano al echarnos el vino, pero yo no cedí ni un instante. Mi novia me miraba entre la perplejidad y algo parecido al miedo. “¿Estás bien, nena?”, le pregunté. “Si algo o alguien te molesta, dímelo”. Ella me dijo que el que la estaba molestando era yo, y me sacudió una torta que hizo temblar la mesa, pero yo no me dejé abatir; le besé la mano, en señal de concordia, y no paré de dar consignas con voz afónica y acento italiano, aquí y allá. Lo curioso es que la gente pensó que yo era una especie de pez gordo o quizá un capo de la mafia mundial. El personaje no me abandonó en toda la noche. En cambio mi novia lo hizo en cuanto salimos del restaurante. Gajes del oficio.

Poco después, llegó la época de Rocky Balboa. Recuerdo que, la que era entonces mi esposa, tenía que verme subiendo y bajando todas las escaleras de la ciudad y pegando puñetazos al aire. Esto último resultaba poco ortodoxo, especialmente cuando estábamos viendo *Barrio Sésamo* con el niño. Yo salía todas las mañanas a correr por las calles de la ciudad, tan temprano que no había ni un alma. Me llevaba las pesas y un pañuelo para limpiarme el sudor, y hacía ruidos parecidos a los de los tenistas para desahogar la tensión física.

Al principio corría solo. Después, se unió a mí un grupo de seguidores que parecían muy entusiastas, al fin tenía fans. En realidad eran tres tipos del barrio que parecían estar un poco borrachos, pero, cuando venían a correr conmigo, me alentaban como al que más, dando gritos de ánimo y coreando mi nombre. Eso me parecía un detalle por su parte. El problema es que se empeñaban en correr con la botella en la mano y, una vez, casi me multan por escándalo público.

En fin, uno cree que las mujeres van a reaccionar bien ante estas cosas; que van a valorar el esfuerzo y el sufrimiento personal. Pero no es así. Mi tercera esposa me abandonó. Y tampoco podía tener amigos estables, a causa de mis mutaciones.

Debía asumirlo: el cine era mi perdición. Me daba cuenta de que, con el paso de los años, y a fuerza de imitarles, los perso-

najes invadían mis gestos y mi alma, de forma autónoma y completamente natural, como si tuvieran derecho a ello. Ya no era yo el que les imitaba o me contagiaba de ellos. Eran ellos los que se introducían en mí.

Vanamente, intentaba quitarme el cine de la cabeza, vivir como una persona normal. Buscando mi verdadera identidad, fui a otros países, me moví dentro de otros sistemas en los que el cine era un elemento desconocido, y traté de meditar para encontrarme a mí mismo, pero todo lo que conseguía era hacer un papel distinto según el lugar en el que pretendiera olvidarme de todo: era Victor Mature en *El embrujo de Shangai*, en China; Lawrence de Arabia en Arabia; el conde de Montecristo en una isla del Mediterráneo; Nanook el esquimal, en el Polo Norte; Sandokan en Malasia... Incluso, llegué a convencer a una joven de que yo era la reencarnación de Buda. El caso es que no me encontré por ninguna parte, y regresé a mi ciudad muy frustrado y sin un duro.

Después de aquella experiencia, atravesé una temporada especialmente analítica en la que fui Sherlock Holmes, sin poder evitarlo. Hasta el punto de que descubrí a un par de asesinos múltiples. Eso fue todo.

Por supuesto, a lo largo de mi vida, intenté encontrar consuelo para mis traumas a través del matrimonio, en numerosas ocasiones. Pero mis esposas siempre se hacían una idea falsa de mí. A la primera, la conquisté siendo Cary Grant, y no terminó de asumir mi viraje hacia Jerry Lewis. A la segunda, la seduje con el encanto de mi mejor Woody Allen, pero era muy difícil mantenerse a la altura; no podía estar escribiendo guiones todo el tiempo, cuando yo trabajaba en una refinería.

La situación se hizo insostenible, sobre todo cuando apareció el Peter Sellers de *El guateque*. No sé si le he dicho que, en situaciones de crisis, siempre me voy hacia los personajes más bochornosos, esos que a las mujeres no les gustan como pareja.

Después, las cosas no fueron a mejor. Ligué con mi tercera esposa siendo Steve McQueen, y me dejó cuando se sintió amenazada por Jack Nicholson en *El Resplandor*. Por otro lado, yo me enamoraba de ellas conforme al personaje que me hubiera poseído, por lo que fue una fatalidad convertirme en el señor Roper y mudarme al apartamento de una mujer treinta años mayor que yo.

Y esa era mi vida. Cuando parecía que había alcanzado la estabilidad como Tom Hanks, junto a mi cuarta esposa, se me re-

veló un Indiana Jones que hacía que las mujeres cayeran a mis pies, convencidas de que las colmaría de aventuras. Eso me valió otro divorcio. Como Steve Martin, logré algo más de felicidad, pero, cada vez que mi hijo tenía un catarro, me convertía en Patch Adams y no paraba de leer libros de medicina, lo que suponía una incoherencia con mi empleo de butanero.

Precisamente lo perdí cuando me transformé en Brad Pitt. Aunque me cogió mayor, no hay nada como la sugestión: las señoras a las que subía la bombona de gas, sucumbían ante mis encantos y perdían el control. Me despidieron por *playboy* y tuve que buscarme la vida.

Fue una pesadilla que mis experiencias mutantes cinematográficas invadieran también el campo laboral, porque cada personaje me reclamaba un trabajo distinto y yo no conservaba más de dos días el mismo empleo. Tan pronto intentaba dirigir un periódico, e insistía en que me apellidaba Kane, como me volvía un bróker de Wall Street al estilo de Charlie Sheen, o intentaba destapar un escándalo de corrupción en una empresa de plásticos. Y lo peor era que, a la mínima alteración del orden laboral, me caía una sanción, a veces, sin que existiera una razón de peso. Era lógico, teniendo en cuenta que me había puesto en contra a todo el Colegio de Abogados por culpa de Robert De Niro.

Al menos, pude recuperar cierto éxito entre las mujeres gracias a una oportuna intervención de George Clooney y Sean Connery, a dúo; sobre todo cuando los intercalaba con Jim Carrey para hacer reír a los hijos de algunas madres jóvenes. Solo que, a veces, en lugar de Ace Ventura, aparecía Eduardo Manostijeras. Entonces, las madres cogían a sus hijos y se largaban a paso rápido, y yo las veía alejarse, amargamente. Tenía que aceptar que, tarde o temprano, me quedaría solo. Al menos, mi empleo como representante, gracias a Cruise en *Jerry Maguire*, me ayudó a afrontarlo.

Poco después de jubilarme, vi *Kill Bill* y, sin saber cómo, me transformé en Uma Thurman. Así que aprendí algo de artes marciales, me compré una moto y fui por ahí vengándome de la gente. Como no tenía enemigos que me hubieran dado una paliza en grupo, simplemente amenazaba con la catana a los que me caían mal. Tampoco era muy complicado: en cuanto veían acercarse a un tipo de sesenta años con chándal amarillo y una espada japonesa, salían corriendo.

Usted también pensará que esto es un poco extraño. Quizá hasta le inquiete. Pero lo que a mí realmente me preocupa es que estoy empezando a encasillarme.